

El libro gana mucho hacia el final, y el desenlace es grandioso; impresiona profundamente.

Para terminar, diría algo de la forma dramática que el autor ha dado á su novela y que defiende en el prólogo; pero este asunto ya lo he tratado en otro artículo dedicado á *El Abuelo*, y sería para mí causa de mortal hastío repetir mis argumentos. Sólo indicaré que, pese á cuanto en abono de estas novelas de géneros muy diferentes se pudiera alegar, lo mejor es dar á cada cosa su forma propia y usada, dejando para casos muy extraordinarios licencias como esta de dividir en jornadas y en escenas una novela y poner en *acotaciones*, se pudiera decir, la descripción, mucho de la narración y no poco de los caracteres.

Deseo que en vez de otra obra *mezclada*, Galdós nos regale, en breve, una novela magistral, completamente novela, y un drama que no sea un libro de cuatrocientas páginas, sino bueno para el teatro.

## LOS EPISODIOS NACIONALES

Voy á hablar á los lectores del acontecimiento literario más importante de todo el año: de la conclusión de los *Episodios Nacionales*. Perez Galdós había escrito sobre la bandera española veinte empresas, que suponían otras tantas novelas prometidas por el autor al público; de ningún modo podía quedar el honor más obligado que prometiendo sobre los colores nacionales. Otro ingenio menos poderoso se hubiera declarado en quiebra antes de llegar al fin; Perez Galdós, sin dinero en caja, es decir, sin más trabajo hecho que el exigido para el día por los editores, no temía la bancarrota y anunciaba sin miedo novelas, de cuyo plan apenas había formado idea; es más, sobrábale tiempo para escribir obras de otra colección y aun para no saber en qué matar el tiempo mismo.

Cuando yo tuve el gusto y el honor de hablarle por primera vez, llegaban los *Episodios* á *Los cien mil hijos de San Luis*; preguntéle por la suerte que en su calidad de providencia literaria reservaba á los personajes que yo conocía y amaba como si fueran amigos de carne y hueso—¿qué piensa usted hacer de Genara? ¿Dónde está ahora? ¿Y Monsalud, qué se hace? ¿Qué es de Pipaon? ¿Y Presentacionci-



ta? ¡Y las de Parreño?... Galdós no recordaba dónde estaban muchos de estos señores y señoras, ni sabía dónde los había dejado, ni lo que sería de ellos en lo porvenir.—¡Si la Providencia de arriba hará lo mismo con los mortales! ¡Si después de darnos la vida y enredarnos en sus peripecias se olvidará á lo mejor de nosotros!—Indudablemente, regir la fábrica de la inmensa arquitectura, que dijo Lope, debe ser muy difícil cuando sólo un ingenio tan fecundo y fuerte como el de Pérez Galdós puede conducir el hilo de la existencia de unos poco ciudadanos, necesitando todos los recursos del arte para dar verosimilitud á sus aventuras.

Pero al fin la promesa está cumplida; los veinte *Episodios*, que llenan siete mil páginas, están publicados; Pérez Galdós ha distribuído, como la Providencia de arriba, bienes y males entre sus criaturas, y ha llevado á término feliz el más difícil y glorioso empeño de cuantos hoy honran las letras españolas.

Pero esto, que es verdad, parece mentira si sólo se atiende al poco ruido que en la anarquía de las letras ha causado tan importante suceso. Lo cual se explica por una multitud de razones: España sigue siendo aquella España, en la que, según Figaro, escribir para el público es recitar un monólogo en la soledad. Aquí el escritor concienzudo es, en efecto, un maniaco que *habla solo*. Los españoles leemos los anuncios de los libros en los periódicos y oímos á veces los *bombos* porque suenan mucho; pero los libros, ¿quién los lee? Nótese ahora que los *Episodios* constan de 20 tomos. Y, es claro, no hay

20 españoles que hayan leído 20 tomos en su vida.

En Francia se va á levantar una estatua á Flaubert, un novelista; aquí á un novelista se le ofrece una cruz, ó mejor una encomienda de Carlos III. Un literato muy distinguido, erudito (en cuanto aquí se llama erudito al que lee un libro, basta con uno, que no suelen leer los demás), me decía no ha mucho: «Hombre, reconozco el mérito de los *Episodios Nacionales*; pero... no creo valgan tanto como usted dice.» Yo miré á los ojos á mi erudito fijamente, dispuesto á leer en ellos la respuesta á la pregunta que le hice.—¿Cuántos episodios ha leído usted?—He leído... *Trafalgar*, y... algo de *Zaragoza* y un poco del *Gran Oriente*.—¡Y hablaba de los *Episodios* y daba su fallo tan tranquilo! Otro literato, más erudito que el anterior, le decía al mismo Galdós:—¿Querrá usted creer que no he leído nada de usted?—Y otro literato, más erudito que los dos citados juntos, catedrático de Filosofía, estiradísimo, capaz de dividir los géneros literarios hasta que no quede casta de ellos, me decía después de publicarse *Gloria*:—Ese Galdós parece muchacho listo; ¡promete... promete! Yo no he leído nada suyo, pero veo que se habla de él en todas partes...

Ahora figúrese el lector piadoso, si los eruditos dicen esto, cuántos *Episodios Nacionales* habrán leído los no eruditos, entre los cuales entran por muchos millones los que no saben leer.

Quando se ha pensado un poco en las cualidades que suelen concurrir en las obras literarias que quedan, descúbrense, si la reflexión es impar-



cial y ajena á preocupaciones impuestas por la escuela, por la moda ó por el vulgo (los tres enemigos del buen gusto), descúbrense, digo, como características las que en Pérez Galdós puede notar el lector atento.

Una obra frívola ó que responde á intereses accidentales, pasajeros, no puede, por muchos primores que la adornen, ser obra maestra, de las que llevan el sello del genio y sobreviven á su tiempo. Esta verdad, que nos enseñan en la cátedra de retórica y que después suele olvidarse, porque se aprendió sin comprender toda su importancia, vuelve á verse en todo su esplendor cuando la experiencia de la lectura y de la misma vida sustrae el hastío de los libros malsanos que suelen ser la comidilla de la moda, y que á todos en alguna época de nuestra existencia nos seducen.

Esta esencial y primera cualidad de los libros buenos existe en los *Episodios Nacionales*. Sin el aparato, que hoy sería ridículo, de una introducción de poema épico, Galdós cuenta, ya que no canta, la historia de la patria en los azarosos tiempos en que tocamos al fondo del abismo de nuestra decadencia, y en los que siguieron más venturosos, porque fueron el comienzo de una regeneración gloriosa, lenta, intermitente, pero segura. El proyecto es grande, interesante, digno de los esfuerzos poderosos de un gran ingenio; hay en el asunto valor real y valor estético consiguiente. Pero es necesario que el escritor posea facultades proporcionadas á la gravedad y dignidad del objeto; de otro modo, es necesario que el propósito de tratar

semejante asunto haya sido producto de inspiración poética, que la primera visión de tamaña empresa naciera al calor de la simpatía inefable que siente el poeta por la realidad que le sirve de fondo en su obra. Para que esta armonía entre el asunto y el artista exista, es evidente que por necesidad las facultades de éste han de ser proporcionadas al objeto.

Bien puede suceder que, á pesar de esta armonía en la concepción primera y general, resulte desgraciada la obra en el desempeño por accidental error ó torpeza; pero siempre será cierto que, sin esa feliz conjunción de que hablaba, la producción de lo bello es imposible.

En los *Episodios Nacionales*, por fortuna, concurren todos los elementos necesarios para que la obra fuese digna del propósito. Las facultades de Galdós eran las más propias para tratar el asunto por inspiración escogido; y, generalmente, en el trabajo ulterior de la producción artística no faltó la habilidad conveniente, merced á la bondad de los medios preferidos. Hay en Pérez Galdós un corazón grande, un noble entusiasmo por las grandes cosas, un supremo amor á la justicia, una fe innominada, mas no por eso poco fuerte; y además, hay una ternura poética y pudorosa para todo lo delicado y débil, que hasta en la burla y en la sátira se transparenta. Estas son cualidades esenciales que en la obra de Galdós se reflejan y le sirven para colocarse á la altura del asunto que trata. Pero es muy fácil que el lector distraído no eche de ver todo esto, porque Galdós, en su estilo como



en su carácter, no es aparatoso ni bullanguero; huye la exageración, no amplifica, satiriza la forma asiática, desdeña la hipérbole, ama el eufemismo, escribe entre líneas y gusta de ser entendido en media palabra; si llora, llora por dentro; si se entusiasma, su entusiasmo es contenido, prudente; si ríe, no da carcajadas; cuando se burla, no desprecia; ama, y contempla y admira las ideas en las cosas que son, no su símbolo, sino su expresión más humilde, asequible y clara para el espíritu vidente; sus mayores enemigos son los tiranos y los charlatanes, porque son los azotes de la justicia y de la prudencia, virtudes cardinales en moral y en literatura.

La prudencia bien entendida, y entendida en todo lo que vale, se puede decir que es la musa de Galdós. Y esto me lleva á tratar un punto que ha tocado la crítica al hablar de los *Episodios Nacionales*. Se ha dicho que la epopeya de nuestra regeneración nacional no ha inspirado en Galdós el entusiasmo necesario para cantar la gloria de aquellos días; se ha dicho que Galdós ve con suficiente frialdad nuestros hechos de entonces para poder repartir elogios y censuras por igual; y esta justicia se cree extremada, porque la equidad, añaden, exigía un cristal de aumento para las hazañas de aquellos tiempos.

A esto respondo que Galdós no canta; cuenta, como dejo advertido, y cuenta la verdad, que, después de todo, es siempre lo que más conviene. Aparte de que es contrario al estilo del autor y á su carácter, según va también notado, lo que de él

se exige: para el efecto de reflejar por manera artística la belleza de nuestra historia nacional, es preferible el procedimiento de Galdós, cuyo entusiasmo *latente*, pero profundo y activo, le inspiró tanto, que dió á su fantasía la fuerza necesaria para ver la copia fiel de aquellos días tal como fueron en realidad. Y es preferible este procedimiento, porque hoy la única forma que puede reemplazar al antiguo poema épico es la novela histórica, en el sentido lato de la palabra, que es una especie de realismo, como el realismo puede y debe admitirse. Dije antes que la prudencia inspira á Galdós, y la prudencia manda no ver más de lo que hay; no hacerse ilusiones. Si Galdós, en alas de un entusiasmo, digno de respeto, pero que no es como él lo siente, hubiera fantaseado una España homérica en los días de Carlos IV y Fernando VII, hubiera lisonjeado el patriotismo un tanto pueril de algunos, pero no hubiera escrito una novela histórica de tan subido mérito. ¿Novela histórica? Sí, por cierto; en el más estricto rigor de la palabra. — Yo no he visto hasta ahora escrito en parte alguna, ni siquiera en la *Revista de Ambos Mundos*, que á la literatura pueda llevarse la división que en la realidad existe de lo ideal y lo histórico; yo juzgo que no habré visto nada escrito sobre el caso, no porque no se haya tratado tal asunto, sino por lo poco que leo. Lo que á mí (y á cualquiera, por consiguiente) me ocurre acerca del particular, es esto: el realismo ó naturalismo, que tanto monta para el caso, peca de orgulloso exclusivismo al atribuirse semejante manera y anatema-



tizar todo otro género de literatura. El realismo verdadero abarca la moderna escuela, que se cree única legítima, y el postergado idealismo, de glorioso abolengo.

Cuando se copia (por modo artístico siempre, esto es claro) la realidad actual ó pasada de la vida fenomenal, en la que todos los individuos existen determinadamente en infinita determinación, insustituible ya, la única real en tal caso, se escribe la novela histórica, propiamente dicha, y es necesario, sopena de falsedad, que á los caracteres y acción de la obra se les dé toda esa concreta determinación histórica que en la realidad tienen, y tal como es en la realidad, ni más ni menos, sin que el *poetizar* consista en rigor, en alterar, en falsificar personajes ni acción, sino en hallar el *momento expresivo* artístico de esa misma existencia individual histórica infinitamente finita de la realidad *vivida* que se copia; dispénsenme los lectores esta manera de decir lo que pienso, que puede hacer que algún malicioso me tome por un *attaché*; pero confieso con cierto rubor que yo no sé expresar de otro modo eso que tenía que decir.—Esta clase de novelas son con toda propiedad y exactitud y precisión históricas; son además realistas (cuando lo son, por supuesto, no siempre ya se lo llaman), pero este último adjetivo, si es propio no es preciso, pues que el realismo abraza mucho más. Así, la novela idealista, propiamente tal, es también realista, sin que haya aquí paradoja sino en la apariencia.

La historia en la novela no necesita coincidir,

aunque bien puede, con la historia pragmática, y puede aventurarse que conviene que no coincida para que la época que se pinta aparezca con sus caracteres propios mejor y más conocida. En los acontecimientos políticos que suelen formar la materia de la historia pragmática hay siempre cierto aparato de una personalidad que les quita no poco de la aptitud necesaria para la obra artística del género histórico. Compréndenlo así Walter Scott, Manzoni y actualmente Freitag y Galdós entre nosotros; en sus novelas históricas no nace de las vicisitudes políticas la trama de la acción, sino que imaginan una particular, en la que influyen los acontecimientos de la historia pragmática, pero como un factor entre nosotros, siendo el principal el que resulta de los caracteres individuales que comentan y en los cuales expresan, como por modelo ó mejor muestra, la vida real del tiempo que describen, vida que se manifiesta en las relaciones privadas más y mejor que en los grandes hechos políticos que suelen guardar los anales históricos. Walter Scott, por ejemplo, para hacernos conocer el carácter de la época de Cronwell, imagina una acción que se desenvuelve en el castillo de un noble toda ella, y no es de carácter político sino en su desenlace; Manzoni, para mostrarnos el cuadro de la Italia del siglo XVII, se vale de los amores de Renzo y Lucía dos aldeanos; Freitag, en su ya célebre serie de novelas históricas, *Los Antepusados*, sigue la suerte de una raza á través de los siglos, desde el de Juliano hasta el presente; Galdós enlaza hábilmente con los episodios de nuestra



historia contemporánea las aventuras *Gilblasianas* de Araceli y Monsalud. Si en este punto su buen instinto le ha llevado por el camino más propio para su objeto, en todo lo demás no le ha abandonado la misma feliz inspiración.

Eso que llama una señora muy discreta en una notable crítica de los *Episodios* escepticismo de Galdós, no es tal escepticismo; es la copia fiel de la vida de nuestro siglo en España antes del reinado de Isabel II; parece escéptico Galdós en los *Episodios*, porque la resultante de las fuerzas sociales en los días de que trata parecía tan desconsoladora en sus enseñanzas, que Monsalud, producto psicológico de esa azarosa existencia social, no podía menos de sacar el alma desengañada y sin ánimo de todas aquellas luchas. Porque es de advertir que la *realidad histórica* exigía de Galdós no hacer de Monsalud un héroe, sino el *término medio* del espíritu español de aquellos días; un héroe en su lugar no se hubiera desanimado, pero cualquiera español algo talentado se desanimaba. En cambio, D. Benigno Cordero, D. Patricio Sarmiento, ¡véalos la señora Pardo Bazán, qué valientes se muestran hasta el último trance: para uno el trance de la horca, para otro el trance de las calabazas! D. Patricio estaba loco, y D. Benigno era un *pobre hombre*. Entre Araceli y Monsalud hay también diferencia, que refleja la de los tiempos. Araceli es testigo de los días gloriosos de nuestra guerra de la Independencia; en *La batalla de los Arapiles*, sus aventuras terminan logrando el premio glorioso de sus proezas. Pero

Monsalud vivió en los tiempos de Riego y de Calomarde, de Martínez de la Rosa y el *obispo de León*, del conde de España y Fernando VII; vió esfuerzos generosos empleados sin conciencia y sin constancia; vió á la populachería cobarde y necia pasar plaza de liberalismo heroico; vió al despotismo brutal disfrazar el miedo con el terror impuesto; vió á la debilidad usurpar por vanas simpatías el puesto de la energía; vió al fanatismo llamar á la ignorancia religión; vió á la crueldad del salvaje pasar plaza de disciplina; vió al tigre ungido, y de tanta miseria sacó en consecuencia ese escepticismo, que nada tiene que ver con el autor de los *Episodios*, sino que debió ser y fué fruta del tiempo, que nos da ogaño la cosecha de políticos eclécticos que todos sufrimos y lamentamos.

Si Araceli y Monsalud, protagonistas de las dos series de episodios nacionales, representan tan perfectamente el tipo *individualizado* para la expresión de sus respectivos tiempos, los personajes que les acompañan, influyendo en su acto y carácter, no son menos dignos de elogio. Pero este artículo, que en las consideraciones generales se ha extendido tanto, no puede ya servir para tratar de este particular, ni de otros muchos que por culpa de mi impericia se quedan en el tintero. Nada digo, pues, de la propiedad y vigoroso colorido con que están pintados tipos, costumbres y hasta trajes, paisajes y espectáculos de la variable actualidad de nuestro siglo en sus comienzos y primer tercio. De todo eso, al tratar de cada uno de los



episodios, ha dicho la crítica cuantas alabanzas merecía, ó poco menos. Yo mismo tendría que repetirle si me detuviese ahora en tal asunto. Sin embargo, confieso que este artículo queda incompleto, y aunque he dicho algo de lo principal que me proponía, declaro que me falta no poco; y por si no tengo ocasión de decirlo otro día, conste que en resumen es esto: el Sr. Galdós ha escrito, en el género más difícil y más agradable para nuestros días, la novela mejor pensada, más inspirada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo; esta novela se llama: *Episodios Nacionales*.

## MENDIZABAL

La última novela de Galdós no ha gustado á ciertos críticos temporeros, de los cuales hay que hacer algún caso, porque apenas hay otros que *actúen*, á lo menos en periódicos de alguna circulación.

Menos mal que la mayor parte de los descontentos tratan todavía á Galdós con algún respeto, aunque se permiten aconsejarle esto y lo otro, como se lo hubieran aconsejado al mismísimo Bretón de los Herreros.

Peor librado salió Echegaray, á quien, porque su último drama no tuvo muy buen éxito, algunos escritores, dignos de mejores sentimientos, tratan con desdén graciosísimo y disimulando mal la alegría de poder darle un disgusto al maestro.

Dos defectos capitales parece ser que tiene *Mendizábal*; el primero, que ya habían notado también en *Zumalacárregui*, consiste en que el título exigía, dicen, que el personaje que lo da fuera el protagonista del episodio.

Galdós lo ha entendido así. Ya cuando pintaba la época de *Napoleón en Chamartín* hablaba poco de Napoleón. En los *Episodios* escoge á veces el nombre de un personaje que designa una época,



que puede resumir el carácter de cierto grupo de acontecimientos; pero sin pretender darnos la novela biográfica del tal personaje. Eso mismo han hecho otros muchos novelistas del género. En *Mendizábal*, como en *Zumalacárregui*, como en los *Episodios* de las otras series el personaje principal es de invención, ligado á los acontecimientos históricos por las vicisitudes de su vida, pero no personaje histórico. Así era Monsalud, así es Calpena. En cuanto al *héroe progresista*, yo creo que no está mal dibujado por Galdós, y acaso el no comprender y gustar toda la significación de los sobrios y seguros rasgos con que Mendizábal aparece *determinado*, sea más culpa que del autor, de los cortos alcances de ciertos lectores memos ó distraídos.

También se le echa en cara á Galdós lo poco poético y lo poco heroico del asunto. Hay quien teme que llegue D. Benito á pintarnos al propio Sagasta. ¿Por qué no? Sé yo de Sagasta cosas muy dignas de la novela psicológica más intrincada. Sagasta no tiene nada de vulgar. Sólo que hay que saber meterle la sonda, como Galdós sabría, llegado el caso.

Lo que hay es que ciertos majaderitos que no han descubierto á Lafuente ni las *Vidas de hombres célebres*, de Quintana, hasta que perdimos á Cuba, ahora no respiran más que Otumba y Pavía, Lepanto y Bailén, y todo lo quieren en *sangre tinto*, y no pueden ver que el sol se ponga en nuestros dominios. Querían los tales que Galdós se estuviera tocando la trompa toda la vida, y no

se prestan á reconocer que pueda existir interés para el artista y para el observador ni en nuestras *luchas intestinas*, ni en el estudio de nuestras costumbres del año 30 acá y de las transformaciones de nuestros gustos, ideas, tendencias, etc.

Afortunadamente, Galdós no hará caso de tales mequetrefes y seguirá su historia íntima del siglo en España, llegando al mismísimo Fabié si lo cree oportuno. Y en cuanto al gran defecto *nominal* de que los Zoilos interinos se quejan, pueden en adelante dormir tranquilos, pues los episodios que faltan no llevan por título nombre de persona.

\*  
\*\*

*Mendizábal* empieza... y no acaba, de modo que todavía no cabe juzgar definitivamente la novela como tal. Galdós, que ha oído á muchos quejarse de que *Zumalacárregui* tenía poco *interés*, poca *acción*, ha querido, á mi ver, en parte servir á sus *abonados*, y de camino burlarse un poco de ellos muy discretamente. *Mendizábal*, que se refiere á la época romántica (lo que aquí se llamó romántico, que fué muy *burgués*), es, en la apariencia, todo un folletín, con su misterio correspondiente, cuya verosimilitud, hasta ahora, no nos ha explicado nadie, y acaso en adelante tampoco se nos explique, para mejor guardar las reglas del arte



romántico, que al fin reglas tenía para el clásico sacerdote Sr. Hillo.

Hay un momento verdaderamente magistral en esta novela; es aquel en que se pinta la súbita pasión de Calpena en presencia de Aura. Sea cualquiera la intención del autor al representar aquella escena hermosa, de corrección y propiedad admirables, ello es que ha escrito uno de los pasajes más poéticos, más realmente humanos de la novela española contemporánea. El que no crea en estas llamaradas repentinas del amor fuerte, que lea lo que Dante mismo nos cuenta de sus impresiones cuando por vez primera vió á Beatriz, niña casi todavía. Y es de presumir que en la historia de cada día se ofrezcan casos iguales, sólo que mucho menos sonados.

Mucho se habla de amor en comedias y novelas; pero ¡qué pocas veces se le pinta de manera digna de cosa tan grande! Renan decía, con razón, que los filósofos no habían tomado tan en serio como merece una cosa tan rara y tan inexplicable para el empirismo como el amor. Es verdad, y adviértase que nos referimos al amor de amores, como le llama Valera. Ni los famosos diálogos de Platón relativos á ese asunto en rigor penetran el amor de amores, que se confunde allí con otras cosas, ya muy altas, ya muy bajas...

Galdós no se mantiene, ni creo que lo pretenda, á la altura de aquella grandeza poética y psicológica en el resto de la novela, y hasta se ve su propósito de exagerar el *romanticismo* de los amores de Calpena y hasta *teñirlos* de esa mezcla prosai-

ca, burguesa, que en efecto se notaba generalmente en la vida y en las letras de aquellos tiempos. Como rasgo humorístico, es de primer orden, aunque algo cruel, la cita de amor á la alborada, que es disimulada parodia de la sublime escena análoga de *Romeo y Julieta*.



## LUCHANA

El libro del día es *Luchana*, cuarto episodio de la tercera serie que está publicando el ilustre Pérez Galdós. Ya se ha dicho en anteriores revistas por qué se dedica en estas reseñas muy poco espacio á estos episodios. No es hora de juzgarlos todavía. En opinión del autor mismo, deben ser considerados como capítulos de una novela histórica en diez tomos. Por eso no valen los reparos que se podrían poner á la composición de *Luchana*, por ejemplo, si se considera como novela aislada. Los primeros capítulos más bien pertenecen al asunto del tercer episodio: *De Oñate á la Granja*; y en cuanto á la acción de guerra que da nombre al cuarto, sólo aparece al final; y á Espartero, el héroe, le vemos en muy pocas páginas, cuando se acaba el libro, eso sí, pintado de mano maestra, con enérgica sobriedad y en hermosa actividad, que es la mejor pintura.

*Luchana* es volumen de bastante bulto y pudo no ser tan largo, ganando en ello el Arte, sin lo prolijo y repetido de muchos incidentes relativos á la familia de los Arratia y á sus amigos de Bilbao.

En la primera parte del libro merecen elogio la narración de la famosa entrevista de los sargentos



con la reina Cristina y la despedida de Calpena y Demetria. Cosa rara; en estos asuntos de amor, tal vez no ofrezcan las novelas de la juventud de Galdós rasgos tan profundos, reales y patéticos, en el riguroso sentido de la palabra, como aquel primer encuentro de Aura y Fernando, que ya alabé en *Mendizábal*, y esta despedida, de pasión casi subconsciente, pudiera decir de modo pedantesco, en que se revela al lector de manera tan hermosamente significativo el fondo del alma de Calpena y la de su huésped. También es admirable la figura del noble don Beltrán Urdaneta y de lectura muy agradable cuanto se refiere á su viaje con don Fernando.

Después que se deja á Calpena y el autor nos lleva á vivir con los Arratia, los parientes de Aura Negritti llaman la atención, sobre todo, Zoilo y *Churi*. Con gran fuerza y originalidad se nos ofrece el tipo del primero, que es de gran novedad. Y aun me parece mejor al principio, cuando todavía no se ha convertido en el héroe de la defensa de Bilbao. Estas cosas de la poesía son muy extrañas y misteriosas á lo mejor. No me sería fácil explicar, á lo menos en pocas palabras, por qué ya no me hace tanto efecto Zoilo cuando empieza á ser tan heroico y á manifestar aquella voluntad tan firme. Toma entonces un carácter de fórmula psicológica más abstracta que artística, y me recuerda á la protagonista de *Voluntad*, comedia de Galdós, que peca también de algebraica.

Aura, la prometida de Calpena, sometida ahora á un medio ambiente nada romántico, y casi hip-

notizada por Zoilo, ya no es la misma que habíamos visto en *Mendizábal*. Intencionada es la transformación, pero acaso demasiado violenta, y no sería milagro que el autor, como Zola á veces, se hubiera olvidado más que nosotros del carácter que antes había atribuido á su criatura artística.

En cuanto al elemento *épico-heroico* de *Luchana*, baste decir que es digno de la pluma que escribió *Zaragoza*, *Gerona* y *Cádiz*.